

1947

## ESPACIO - A PROPÓSITO DE UN MANIFIESTO DE PRINCIPIOS ARQUITECTURALES

HARTH TERRÉ Emilio

---

“La lectura del manifiesto suscrito por algunos arquitectos y que publica “El Comercio” en su edición del 15 de Mayo de 1947, me ha movido a estas breves reflexiones. Van a ser públicas por benevolencia de este diario. No se proponen polémica, aunque si la producen, mejor: de la discusión nace la luz (y la necesitamos siempre en este camino oscuro del Arte). Si mis opiniones parecen ir por otro camino, van al mismo término: modernizar nuestra arquitectura. Pero en este afán técnico, súmase también otro de arte. Poner la arquitectura de nuestro tiempo, hoy, y del tiempo, mañana, es trabajo sin tregua ni límite. Y ponerla en la medida de nuestro arte, objetivo preciso. Órbita y meta: que perfeccionar es como el recorrido en el cosmos. Descubrir la belleza en nuestros propios valores es incorporarse a lo telúrico. Órbita y meta: camino sin término lo uno y astro que ilumina lo otro. Todo es un sistema que en metáfora empírea, se aplica a la arquitectura. Y con razón a esta que es la conquista del Espacio.

Todo afán innovador es iconoclasta en su primera reacción. En la duda o en el entusiasmo se vuelve a la encrucijada y se escoge otro camino. Creemos ser siempre los primeros en hacerlo. Pero en esto del Arte las rutas son círculos entrecruzados y las encrucijadas se encuentran en el pasado, al pie de los ídolos...

Cuando se defiende la tradición arquitectónica, no es la de la forma sino el espíritu de esa forma. Cuando se desea mantener el espíritu de la tradición, se combate a favor de la unidad y contra la pluralidad. Y afán del artista es crear y no copiar.

El mundo parece cada día más pequeño. La comunión entre los espíritus más frecuentes e íntima. Más parece todo unirse y soldarse; y el arte sufrir una insufrible comunidad. Y no es cierto. Ni será posible. Más le será fácil al hombre alcanzar las lindes del mundo, más conocer las ciudades y países, sus hombres y su arte, más querrá estar en sí mismo.

Y recogerse en su propio país, en su propia ciudad. En su propio arte, si es un artista: Su “ego”, lo hará “egoísta”...

Más apreciará lo singular en la pluralidad. La comunidad le dará fuerzas para investigar y alas a sus fantasías para aflojar en su subconciencia, la inspiración de su propio arte.

Pugnar por el perfeccionamiento de la arquitectura no será propiamente “revolucionario” pero es lucha en pro de una “buena arquitectura”. Si esta arquitectura no se adhiere a las formas maquinistas – que han puesto en boga algún grupo de arquitectos – no es que no se desee “arquitectura contemporánea”. Pues por menos que echemos una mirada atrás, veremos cuanto a variado la arquitectura “moderna” desde sus primeros pasos.

Y empleo y distingo estos dos términos; que lo moderno lo conceptúo transitorio, moda – y por moda, novedad; es decir, lo transitorio. Contemporáneo alcanza un mayor lapso.

Por menos que observemos la evolución de la arquitectura contemporánea en cada uno de los países a donde llega y se desarrolla – plena o incipientemente observamos que adquiere un carácter singular. Y así, fácilmente podemos señalar los en grandes conjuntos a que país pertenece. Y aún: a que región. Bien quisiera yo que los maestros me explicaran lógicamente esta causa.

Encuentro que hay confusión de términos cuando se habla de arquitectura y de estilos. Arquitectura sería a mi juicio: el procedimiento, mientras que estilo una forma y esencialmente un adorno de esa forma. La arquitectura contemporánea es una arquitectura de procedimiento: materiales industriales en especial, empleados con un criterio utilitario. La forma bella se descubre de una armónica composición de ellos, cuando se ha impuesto una voluntad decorativa. El empleo de materiales “nobles” –con ese carácter constructivo– y utilizando su apariencia decorativa, acabará por dar un “estilo”. El estilo es la casilla correspondiente en la Historia de la Arquitectura Universal. Esta casilla se señala “a posteriori”, si se nos dice que antes no se hablaba de estilos, es cierto, pero no es argumento para defender lo de hoy. En el pasado, el estudio de la historia nos lo revela, se procedía a la copia

en muchos casos y esto era ya la exigencia de un estilo.

Nuestros jóvenes arquitectos se verán confundidos y en apuros si al hacer una obra se les exigiera —no ya un estilo- sino que la obra no se semejara en nada a lo creado por otros arquitectos o maestros del arte contemporáneo.

Una pregunta: ¿Se hace arquitectura contemporánea empleando solamente los materiales producto de la industria y técnica modernas, o se la puede hacer empleando materiales tradicionales? Si: porque la arquitectura contemporánea no es arquitectura de materiales determinado, sino de concebido y forma. Concebido de espíritu nuevo y de formas adecuadas a las maneras nuevas (tendencia de perfeccionamiento).

Así en Francia, se inicia hoy un movimiento de arquitectura contemporánea utilizando los viejos materiales y hasta las formas —tan cerca del hombre en su servicio- tradicionales.

La casa: ¿una máquina para habitar? Que pecado y que error para el arte, pensar que todo se reduce a una función meramente útil. Que el instrumento sea útil y que su forma se sujete a esa ordenanza, bien está. Pero la casa —y más que ella, el edificio- además de ser útil ha de ser agradable. Una ley más profunda, la de la armonía matemática queda a veces olvidada; y otra, más profunda aún, desconocida: lógica. La lógica es la que hace el valor estético de lo útil y la lógica desborda lo útil.

Así basar la arquitectura en lo meramente funcional en desmedro de la belleza, implicaría quitar a la belleza su parte funcional en la vida.

Funcional fue siempre la buena arquitectura. El templo griego, la casa romana, la catedral gótica y el monasterio románico. Fue también la iglesia del Jesús, en el renacimiento, respondiendo a necesidades de la predicación. Hasta las catacumbas fueron en su trazo, utilizando viejas canteras, funcionales. Y así también los recintos amurallados de los incas, sus aparejos pelásgicos. Y la vieja casa colonial de nuestros antepasados. Pero no por eso abandonaron el sentido de un arte agradable.

Función, geometría, número, industria, todo puede coexistir reinando lo bello sobre todo. No califiquemos de “arquitectura contemporánea” la arquitectura fría y “rígida” de la fábrica, del hangar, o de la colmena humana. Mejor sería decir de la arquitectura de la casa en serie, del rascacielos cúbico hecho a prisa de economías o cualquier otra de esas concepciones para encerrar a los “hombres – hormigas” o a los “hombres-abejas”: arquitectura industrial.

Lo que perjudica a la arquitectura es el “academismo”. (Vignola destruyó la esencia de renacimiento poniendo medidas y proporciones a los órdenes griegos, que no las tenían). Y lo que pretende la arquitectura moderna es poner los números, las reglas y las proporciones de una fabricación en serie. Muy pocos se imaginan la dosis de “barroco” que hay en ciertas arquitecturas “funcionales modernas”. Es decir, que ya encierran un germen de mengua y declinación, que no salvará el hecho de poner vidrios, construir saledizos o emplear materiales sintéticos.

Mirar la evolución de hoy con sólo unas décadas de tiempo atrás, padecer de miopía histórica. Por eso, el estudio de la arquitectura en su pasado histórico, es tanto más indispensable.

Parece que muchos maestros le tienen olvidada, más por desprecio que por ignorancia. La investigación del pasado y la acucia en la historia pueden ser lección o pasatiempo. He escogido lo primero porque el espíritu arquitectónico del hombre de ayer es tan fresco y tan puro que bien vale aprender sus lecciones. Nos asombramos del “caos” presente.

Me hubiera complacido ver y gustar —y me hubiera sentido al igual que hoy frente a este caos del mundo atómico— en esos “caos” que se presentaron en tiempos remotos cuando la caída del imperio de Darío; o cuando Grecia se enfrentó al desastre de Quejonea; o Roma ante la creciente cristiana; o Europa en el recorrido de Atila; o la crisis del año mil con su anunciado cumplimiento del Apocalipsis. Más tarde en los agónicos años de una guerra cruel que dura cien años; o cuando la revolución francesa conmueve socialmente al mundo y la independencia de las naciones de América que parecían señalar el término del mundo en cada uno de esos tiempos.

El “romántico” siglo XIX ha sido el siglo que preparó el progreso técnico del siglo XX. La ciencia descubrió lo que se aplicó en este último. Y la llamada “arquitectura contemporánea” tiene sus raíces en sociedades tranquilas y “muy burguesas”. En sociedades anteriores a la primera guerra mundial. Las tendencias de la arquitectura

contemporánea son anteriores al “cubismo”, al “surrealismo” y al “arte abstracto”, en la pintura; al “bruitismo” en la música; al “dadaísmo” en la poesía... (Por ejemplo).

Pero el siglo XIX se olvidó de formular un orden, un orden social, y un orden arquitectónico. Le ganó el “caos” y el desorden de su progreso. No mistificó arquitecturas; olvidó algo de ella.

Cuando se nos habla de formar un “hombre nuevo” la pregunta que me hago es ésta: ¿es lo que queda de la generación de ayer o los hombres de hoy, los que formaremos ese hombre nuevo o la generación que principia a luchar, la que va a formarlo? ¿O es el hombre de mañana el que se hace nuevo, tal como los que constantemente nos ponemos bajo la égida de la civilización y nos esforzamos en ella renovando nuestro espíritu?. El hombre que vive su tiempo es siempre un hombre nuevo...

Lucien Romier nos escribió hace unos veinte años ya, entre el optimista resurgimiento de la post guerra 1911 – 18 y la crisis económica del 29, un libro que tituló “L’Homme Nouveau”. Para “Hombres Nuevos” imaginaron su patrón espiritual y social, hace más de tres siglos, Bacón, Campanella; o Santo Tomás Moro. Hubo muchos. Dejamos a los eruditos señalar en las páginas de los viejos tratados cuantas veces escribió sobre esto. Hombre nuevo fue el que imaginaba crear Platón en su “República” y también, más allá en lo remoto, Aristóteles... Esto hace más de veinticinco siglos.

Siempre el hombre quiso un “hombre nuevo”.  
Y sólo Dios lo hizo en su creación edénica.  
Luego fueron siempre “renovadores”.

La formación de una conciencia “arquitectónico social” y el deseo de hacerla en nuestro medio, desde hoy en adelante, me conmueve hondamente. Pero es necesario en primer lugar, precisar el alcance de los términos. La arquitectura es una expresión social. Por lo tanto la sociedad tiene una “conciencia arquitectónica”, la que se puede expresar colectivamente –anónimamente—o por intermedio de sus artistas.

Una conciencia “arquitectónico social” e indudablemente una cierta conciencia que ni puede formarse ni siquiera podía existir. Sería como pretender formar una conciencia plétórico-social o músico-social. (Aquí apreciamos la vacuidad del término). Pero que nos esforzamos en crear una conciencia de arte o una conciencia estética, es seguramente lo valedero, lo indispensable, la indiscutible privanza de un pueblo. Y luego que la tendencia de nuestra arquitectura sea socialista. Bien pero no una arquitectura de “masas”.

Es hoy en estos tiempos de la técnica —de la máquina y del maquinismo mal empleado aún—de lo “moderno”, que no existe esa conciencia ética y las guerras universales han sido la mejor muestra de ello. Nunca el mundo vio a sus ciudadanos más lejos de una conciencia de arte. Probablemente el hombre se acongoja o inquieta en dudas de arte, tras dudas de ética ante el dios técnica. Puede esto inspirar a algunos artistas, pero la colectividad no siente la atracción ni se mueve a una interpretación como lo fuera en otros tiempos. El arte moderno es hasta hoy, arte de “élite”.

Abrigamos todos, una esperanza de arte. De arte permanente fresco y expresivo. Si la arquitectura tarda más que en otras artes en renovarse es porque la arquitectura —a diferencia de otras artes, junta lo meramente bello con lo indispensablemente económico. Un cuadro, una escultura, la poesía se producen, se miran, tocan o leen si gustan, o no. Una casa es motivo de mayores meditaciones ante la posibilidad de sus ventajas permanentes (o lo más permanentes posibles). Vale en su contraste tranquilo con el carácter transitorio de las cosas. Y para crear o producir no puede prescindir de una aprobación colectiva y que tiende a fines ordenados.

Abriguemos todos, una esperanza de arte. Pero su fecundidad no está en la misma esperanza sino en la acción de nuestra obra. Como aquello de “a dios orando y con el mazo dando”. Nuestra esperanza de arte es una esperanza que ha de fundarse en el trabajo, el buen propósito y la obra. Y en muchas otras cosas más.” Fuente: ARTÍCULO DE PERÍODICO: HARTH TERRÉ E. (18 de junio de 1947). *ESPACIO – A propósito de un manifiesto de principios arquitecturales*. El Comercio Recuperado desde <https://pavsargonauta.wordpress.com/2014/04/29/1417/>